

HISTORIAS QUE CUENTAN Y CUENTOS
QUE HISTORIAN EN “TIEMPOS DE
(IN)CERTIDUMBRE”

Lisette Rolón Collazo

Resumen

El llamado “giro lingüístico” en la disciplina histórica no ha hecho sino poner de manifiesto que el quehacer histórico tiene mucho de literario por su carácter narrativo y discursivo, y que el quehacer literario tiene mucho de histórico por su carácter de registro y producción del pasado. Pero ello no debe implicar, como ha ocurrido entre algunos entusiastas posmodernos, el fin de la valoración histórica respecto a los sujetos cuya historia persigue contarse. Las preguntas fundamentales para todo tipo de recreaciones del pasado deberían ser: ¿Qué propuesta beneficia a las personas desposeídas? ¿Cuál reivindica los sacrificios de nuestra historia? ¿A qué y a quiénes sirve cada inquisición discursiva? El ensayo se enmarca en las diversas figuraciones del motín contra Esquilache (1766), evento de singular importancia en la historia de España.

Palabras clave: historia, literatura, motín contra Esquilache, “pueblo llano,” mujeres

Abstract

The so-called “linguistic turn” in the discipline of History has but shown what has always been the case: that the historical writing is literary inasmuch as it is narrative and discursive, and that the Literature is historical inasmuch as it registers and produces the past. But this should not imply, as it has in the case of some postmodern enthusiasts, the end of historical evaluation concerning the subjects whose history one seeks to tell. The fundamental questions for all kinds of recreation of the past should always be: Which proposal benefits the dispossessed? Which vindicates the sufferings of our history? Whom does each discursive inquisition serve? The different versions of the mutiny against Esquilache (1766), an event of singular importance in Spanish history, serves as the starting point.

Keywords: history, literature, mutiny against Esquilache, working classes, women

HISTORIAS QUE CUENTAN Y CUENTOS QUE HISTORIAN EN “TIEMPOS DE (IN)CERTIDUMBRE”*

Lisette Rolón Collazo

Sacudidos de las pretensiones de una historia aséptica y sin concesiones, celebramos estas turbaciones con la literatura como si se tratase de un deseo confesado, al fin. Por mucho tiempo, la historia se ha apertrechado con los gestos fuertes de la ley y emitido la voz del padre. Encargada de los registros y las inscripciones; de construir las genealogías y marcar las fundaciones, la historia ha sido tradicionalmente una actividad respetable. Se ha cuidado entonces de revelar su naturaleza veleidosa, en todo caso, pedirá excusas por cualquier desliz sentimental. Eso se lo ha dejado a la literatura, reino de los excesos y los artificios. Ha preferido ocupar la escribanía y la seguridad memoriosa que el azar de la ficción.

Silvia Álvarez, *Historia y literatura*¹

* Leí por primera vez la expresión de Roger Chartier y me familiaricé con los debates sobre historia moderna y posmoderna con la lectura de Carlos Pabón, ed., *El pasado ya no es lo que era. La historia en tiempos de incertidumbre*. San Juan, Vértigo, 2005, y de Mario R. Cancel, *Historias marginales: otros rostros de Jano*. Mayagüez, CePA, 2007. Una versión de este ensayo forma parte de mi libro, *Historias que cuentan. El motín contra Esquilache en Madrid y las mujeres dieciochescas según voces del XVIII, XIX y XX*. Madrid, Aconcagua, 2009, pp. 31-48.

¹ En Ana Lydia Vega *et al.*, *Historia y literatura*. San Juan, Postdata, 1995, p.16.

He caracterizado de manera quiástica esta orientación postestructuralista hacia la historia como una preocupación recíproca por la historicidad de los textos y la textualidad de las historias.

Louis Adrian Montrose (181)²

DISCURSOS EN TERTULIA Y UN PAR DE PREGUNTAS INELUDIBLES

La historia y la literatura, como prácticas culturales y discursivas, han compartido dos elementos básicos desde tiempos pretéritos: el pasado como contenido o materia narrativa y las formas o prácticas de contarlo. A partir de la consolidación de sus nociones modernas occidentales desde finales del siglo XVIII y, especialmente, desde la centuria decimonónica, su estatuto de particularidad disciplinaria las ha llevado a deslindar sus métodos y objetivos, aunque sigan imponiéndose sus complicidades a través de sus objetos y, sobre todo, de sus sujetos. Después de todo, cuentan la humanidad.

Por buena parte de la modernidad, las historias se han abrazado a las pretendidas certidumbres de las ciencias sociales, mientras coquetean, de modos sinuosos y “liberadores,” con las licencias literarias. Por su parte, las literaturas aparentan estar hipnotizadas por las veleidades de la sinrazón, de la fantasía y de la imaginación que le perpetuaron los románticos y que persisten con bastante solvencia hasta nuestros días. A través de sus libertades creativas parecen escapar a los imperativos racionales de la verdad. La objetividad se le articula como un capricho inalcanzable, sobre todo a partir de las quimeras del realismo y su descendencia. Mas no por ello la literatura deja de aspirar a la objetividad. A ratos, quienes fabulan también se rinden ante las magias de las ciencias “exactas,” o persiguen el sueño de no formar parte de lo que cuentan, de lo que nombran, de lo que ocurre sin su mediación. A veces, hasta creen modificar las historias que no han sido contadas.

En dicha narración de las historias y de las literaturas modernas, la certidumbre cumple un rol protagónico y los ofi-

² VVAA. *Nuevo historicismo*. Madrid, Arco/Libros, 1998, pp. 151-191.

cios de escribir o historiar, entre otros, mantienen vigencia y justificación en su especificidad. De un tiempo a esta parte, que algunos ubican tras la tragedia incontable de Auschwitz y la Segunda Guerra Mundial, se han recreado los discursos y se ha emplazado el modo precedente de concebirlos y de contarlos.³ A estos tiempos se les suele llamar “de incertidumbre,” pero los anteriores, no hay que ignorarlo, solo se la ofrecían a algunos y de modos harto cuestionables incluso entonces. Ni antes ni ahora la hechura de la historia y de la literatura renuncia a lo particular que las distingue y, por ende, tampoco dejan de explicarse a sí mismas.⁴

Sin embargo, las jerarquías, los pruritos y las reservas –establecidas por la era científica como cimientos para su promesa de bienestar y de progreso– respecto a la íntima relación entre historia y literatura, han visto la demolición de sus ruinas. De esa derruida lógica moderna se han desprendido otras narraciones que han redefinido las identidades de la historia y de la literatura, entre tantas otras, y que suelen llamarse posmodernas. Algunas de ellas han proclamado el “fin de la historia,” el “fin de las narrativas” y el cuento como fundamento de todo. Muchos les han creído. Otras han celebrado que esa versión de la historia y de la literatura haya fenecido y han sazonado sus exequias con formas alternas de concebir el conocimiento, la cultura occidental y todo lo que dejaron fuera las historias y las literaturas vencedoras. Los otros saben bien

³ Remito, por lo menos, a Gianni Vattimo *et al.*, *En torno a la posmodernidad*. Barcelona, Editorial Anthropos, 1991; Jean-François Lyotard, *La posmodernidad*. Barcelona, Editorial Gedisa, 1992; y Fredric Jameson, *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham, Duke University Press, 1995.

⁴ Para familiarizarse con los debates de la historia moderna y posmoderna sugiero, como puntos de partida, los siguientes trabajos: Dominick LaCapra, *Rethinking Intellectual History: Texts, Contexts, Language*. Ithaca y London, Cornell UP, 1983; Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History*. Berkeley, University of California P, 1989; Keith Jenkins, *Re-thinking History*. Londres y Nueva York, Routledge, 1991; Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *Telling the Truth About History*. Nueva York y Londres, W.W. Norton & Co, 1994; Mark Poster, *Cultural History and Postmodernity. Disciplinary Readings and Challenges*. Nueva York, Columbia University Press, 1997; y Keith Jenkins (ed.), *The Postmodern History Reader*. Londres y Nueva York, Routledge, 1997, entre otros.

que no todo ha sido cuento y han reclamado sus versiones y, sobre todo, su justicia.⁵

Asimismo, se ha celebrado la diferencia a través de los reflejos que devuelve el espejo. Los márgenes se han destacado por medio de la página invertida. Las instituciones han quedado al descubierto gracias a las estrategias que han desvelado sus (in)visibles prácticas de opresión. El denominado “giro lingüístico” ha invitado a todos los discursos a mirarse y a recontarse. La revisión suspicaz sobre los cimientos de los oficios discursivos y la evaluación de sus alianzas se han vuelto insoslayables y han revitalizado los debates propios de los momentos de inflexión y, por qué no, de cambio. Los estudios literarios, por su parte, también se han pensado de otro modo y su visita al espejo ha vuelto a la historia; su “giro histórico” le sirve de contrapunto recíproco al “lingüístico” de las llamadas ciencias sociales según insiste Montrose.

No obstante lo creativo y constructivo que puede ser el festín de las palabras y de las identidades discursivas y culturales, no hay que olvidar que siguen existiendo los sujetos, los poderes y sus intereses. De hecho, algunos han cosechado los beneficios del potencial inmovilismo de los debates discursivos y de la parálisis de ciertas crisis de identidad. Los últimos, diestros en la capitalización de todo, han hecho su agosto.

En el presente, menos que en otros pasados recientes o remotos, resulta problemático hacer un balance benévolo de la humanidad y sus haberes. Peor aún, la visibilidad ganada por las desheredadas marginalidades de la tierra es una mueca distorsionada, y su bienestar es el más cínico de los simulacros. En esta parte de la historia es que, a mi juicio, se

⁵ Algunas lecturas recomendadas para este asunto son: Edgardo Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Caracas, Ediciones Faces y UNESCO, 2000; Walter Mignolo, *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princeton, Princeton University Press, 2000; Linda Martín Alcoff, *Visible Identities: Race, Gender, and the Self*. Londres, Oxford UP, 2006; Lewis Gordon y Jane Anna Gordon, *Not Only the Master's Tools. African-American Studies in Theory and Practice*. Boulder y Londres, Paradigm Publishers, 2006; y Walter Mignolo, “Delinking: the Rhetoric of Modernity, the Logic of Coloniality, and the Grammar of De-Coloniality,” *Cultural Studies*, año 21, volumen 2-3, 2007, pp. 449-514.

revela el potencial revolucionario y liberador, o reaccionario y represivo, de las reyertas discursivas tanto de los modernos como de los posmodernos, llámense historiadores o escritores. ¿Qué propuesta beneficia a esas humanidades desposeídas? ¿Cuál reivindica los holocaustos de nuestra historia? ¿A qué y a quiénes sirve cada inquisición discursiva?

Hoy, más que nunca antes, es pertinente e imperativo encontrar en los desencuentros o en las alianzas de las literaturas y de las historias lo que cuentan y, sobre todo, lo que callan, porque en ello reside su afirmación o su negación del bienestar de la mayoría de la humanidad. Del mismo debate sobre las afinidades o las distancias entre las formas literarias e históricas se desprende la capacidad autocrítica y la voluntad de los discursos para hacerlo de mejor modo. En cada versión o interpretación del pasado se articulan selecciones y olvidos. En ellos, tanto como en los silencios, suele estar la voz de los marginados de la tierra, a quienes todos le debemos.

MADRID, MARZO DE 1766, LAS MUJERES Y EL “PUEBLO LLANO”:
¿POR QUÉ?

Un hecho puntual –el motín contra Esquilache, Ministro de Guerra y Hacienda de Carlos III, en el mes de marzo de 1766 en Madrid– es el pretexto de mi indagación sobre la lectura, la interpretación y la selección en las historias y en las literaturas.⁶ El ingente documental, la pesquisa histórica y la fabulación literaria sobre el evento, sobre el ministro preferido del monarca por antonomasia del Siglo de las Luces, y sobre los ilustrados son inmensos.⁷ En pocas palabras y en términos generales, en lo que respecta al motín, las investigaciones

⁶ El término de Carlos III (1716-1788) como rey de España se extiende desde 1759 hasta 1788. Antes fue el monarca de Nápoles (con el nombre de Carlo VII) desde 1735 hasta 1759. Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache (ca. 1700-1785), fue nombrado Ministro de Hacienda en 1759 y de Guerra en 1763, puesto que ocupó hasta el 1766. Tras su destierro después del levantamiento popular, fue nombrado embajador de España en Venecia. Los principales eventos del motín matritense ocurrieron del 23 al 26 de marzo de 1766.

⁷ Véase el capítulo, “Sobre el motín contra Esquilache: acentos y silencios de la historia” en mi libro *Historias que cuentan...*, pp. 49-104.

históricas persiguen los siguientes objetivos: identificar y precisar los autores intelectuales de la conspiración y explicar el porqué de sus acciones. Mas las huellas, las voces, los rostros y las acciones de los amotinados y de las amotinadas, de los colectivos populares y de las mujeres, brillan por su ausencia. Las fuentes escritas son leídas selectivamente y las orales son opacas o inexistentes.

En la mayor parte de las recreaciones históricas y literarias del motín –con las valiosas excepciones que exploro a continuación–, se reproduce la versión institucional y oficialista promulgada inmediatamente después de los eventos: el motín contra Esquilache fue una conspiración desde arriba en la que el “populacho” anónimo actuó como una marioneta, sin agencia política ni intelectual, de los intereses de nobles o religiosos resentidos con el régimen de Carlos III y con sus reformas ilustradas. Dicha reconstrucción histórica dominante ha esbozado explicaciones múltiples y ha re combinado diversas variables, pero no ha logrado convencer del todo ni a todos. Por consiguiente, las interpretaciones han proliferado y de ese caudal de miradas han escogido tanto historiadores como literatos el ángulo que mejor servicio le presta a su agenda reproductora del pasado en el presente.

¿Cómo recrear la memoria de los sin historia? ¿Cómo reconstruir su paso por la vida si no dejaron rastros o, si lo hicieron, fueron destruidos por el tiempo y por el anonimato? ¿Cómo recuperar los testimonios de aquella multitud de seres que no ocuparon puestos políticos o sociales destacados, ni ostentaron grandes fortunas? Esas y otras preguntas por el estilo han ocupado a la historia social y económica desde sus orígenes.⁸ Sin embargo, todavía tan manido tema como el motín contra Esquilache en la España ilustrada apenas cuenta con tres historiadores, entre cientos que se han planteado, de algún

⁸ Sugiero como puntos de partida para la exploración de la historiografía en el contexto español los siguientes títulos: Josep Fontana, *La historia de los hombres: el siglo XX*. Barcelona, Crítica, 2002, y Julián Casanova, *La historia social y los historiadores*. Barcelona, Crítica, 2003. En el contexto de los *subaltern studies*, es imprescindible para el estudio de los desheredados o de los marginados sociales el clásico de Ranahit Guha, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona, Crítica, 2002.

modo, el protagonismo de aquellas figuras. Al mismo tiempo, ha habido que esperar hasta comienzos del siglo XXI para que dos versiones de los eventos le hayan adjudicado cierto nivel de agencia y visibilidad a las voces que apenas se escucharon en los tres siglos precedentes.

En primer lugar, es justo señalar que Pierre Vilar, desde la década del setenta, rechazó las tesis oficiales –de la conspiración política desde arriba o por parte de la Compañía de Jesús, de la venganza xenofóbica y del celo rancio del nacionalismo español– para traer a colación la relación del motín matritense con las “crisis de subsistencias” que sacudieron a toda Europa y a sus territorios colonizados. Vilar puso sobre la mesa de discusión el pan y las condiciones materiales paupérrimas en que vivía la población mayoritaria del último tercio del setecientos. Ese detonante parecía ser más urgente que cualquier asunto de costumbres nacionalistas defenestradas.

Por su parte, tan recientemente como en 1999, María José Del Río Barredo propuso la primera reflexión, hasta la fecha, que pone en el mapa de los eventos de 1766 a las majas, y vincula su participación en el motín con cierto nivel de cambio que iban experimentando las mujeres no aristócratas en los tiempos ilustrados. Del Río identifica tres instancias públicas (funciones reales, el motín y las procesiones de impedidos) en las que las habitantes de los “barrios bajos” o majas, con o sin la venia oficial, se tiraron a la calle y tuvieron una posición activa y hasta desestabilizadora del orden (Del Río 246). Si bien es cierto que las “amazonas arrabaleras” se mencionan en algunos documentos desde el mismo siglo XVIII y, posteriormente, en algunas historias, su reconocimiento dista de otorgarle algún nivel de agencia mientras se insiste, por lo general, en el carácter casual y excepcional de sus intervenciones.

Por el contrario, la historiadora asegura que el papel de las amotinadas fue mucho más decisivo de lo que se ha reconocido, a juzgar por el mismo documento que ha sido evaluado por otros (“Relación del motín contra Esquilache”):

La actuación de las mujeres en el motín era presentada más bien como una acción espontánea, que –como la de

los muchachos de los barrios bajos, que se dice les solían acompañar— era difícil de contener, pero resultaba fundamental. Ellas eran las principales incitadoras, ya pasivas, al estimular venganza de sus compañeros cuando eran maltratadas por los soldados (desde el principio convertidos en la principal diana de los amotinados), ya activas, al instigar a los hombres con sus gritos y sus propias demostraciones de valor. En la relación se cuenta que algunas de esas mujeres se lanzaban con tijeras y navajas a desarmar los sombreros de tres picos, cuya obligatoriedad rechazaban los amotinados; otras arrojaban piedras a los soldados valones, que pronto pasaron a ser sus principales enemigos, a causa de su origen extranjero y por la reciente masacre que habían provocado hacía poco en unas fiestas reales de Madrid; algunas incluso se lanzaban contra ellos “hechas unos tigres” (p.116), mientras empujaban a los hombres a tomar las armas o las cogían ellas mismas con decisión. (240)⁹

Del Río destaca la presentación dominante de las mujeres, toda vez que enumera los modos más reveladores de su activa participación. Su lectura del documento que con mayor detalle las nombra, dista de las hechas por otros historiadores que han utilizado el mismo texto. La minimización recurrente del papel de las amotinadas tiene su complemento en la carencia de documentación o en la ausencia de testimonios que hayan puesto su atención en lo que hacían las mujeres de los barrios más afectados por el hambre y la carestía cuando la población capitalina se levantó contra los símbolos causantes de dicha situación de crisis (Esquilache y sus mejoras ilustradas).¹⁰

⁹ “Entre la fiesta y el motín: las majas madrileñas del siglo XVIII”, en Pilar Pérez Cantó y Elena Postigo Castellano, *Autoras y protagonistas*. Madrid, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, 2000. Esta publicación reúne las comunicaciones del I Encuentro entre el Instituto Universitario de Estudios de la Mujer y la New York University en Madrid, llevado a cabo en 1999. Recomiendo el trabajo de Del Río para seguirle la pista a otras referencias sobre la mujer dieciochesca en España.

¹⁰ Para un análisis sobre la mujer amotinada recomiendo Arlette Farge, “La amotinada,” en Georges Duby y Michèle Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres. Tomo III*. Madrid, Taurus, 1993, pp. 525-545.

Precisamente, la más reciente pesquisa histórica sobre el levantamiento madrileño parte de la exhaustiva, y hasta la fecha única, descripción de las condiciones de vida del “pueblo llano”¹¹ –el cual define como “todas aquellas personas que vivían con los ingresos obtenidos por la venta de su fuerza de trabajo” y constituía más del 70% de la población (18). Según José Miguel López García, las clases subalternas madrileñas o el “pueblo llano” son los protagonistas de los eventos de 1766, no solo en su expresión material, sino también intelectual. López García argumenta convincentemente que las razones para el levantamiento del “pueblo llano” eran las críticas condiciones materiales que vivían: el hambre, la carestía, la falta de vivienda adecuada y los altos impuestos, por solo mencionar los más apremiantes.¹² El historiador afirma que las reuniones de las diversas cofradías que preparaban sus procesiones para la Semana Santa fueron el escenario idóneo para la orquestación del motín (106 y siguientes). Ello no descalifica que otros sectores sociales, aun más marginales que el “pueblo llano” y, desde luego, los privilegiados de la aristocracia y de la iglesia, aprovecharan la iniciativa popular para ganar beneficios particulares o para canalizar sus pro-

¹¹ El término “pueblo” también tiene su historia. En el contexto español, Juan Sisinio Pérez Garzón lo vincula con la constitución del estado-nación en los siguientes términos: “En efecto, el siglo XIX fue, como se ha escrito, el siglo de la historia, porque los Estados-nación se instituyeron a sí mismos como actores de los nuevos saberes sociales: de la economía política, de la sociología y, por supuesto, de la historia. Por nuestra parte, se analizará en este capítulo la configuración de un saber nacionalista español como parte del proceso de articulación del Estado impulsado por el ascenso de una burguesía que promovía nuevas identidades y lealtades, al socaire de conceptos interclasistas de ‘patria española’ o de ‘pueblo español’” (67) (“La creación de la historia de España,” en *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*. Barcelona, Crítica, 2000, pp. 63-110). Precisamente como resultado de tales nexos, el concepto “pueblo” genera importantes debates en la historia moderna y posmoderna, por lo que es preciso distinguir que para propósitos de este ensayo, “pueblo” comprende, específicamente, al llamado “pueblo llano” y a la diversa marginalidad desplazada y desposeída en la corte madrileña dieciochesca, principalmente, a partir de importantes olas migratorias del campo a la ciudad.

¹² *El motín contra Esquilache: crisis y protesta popular en el Madrid del siglo XVIII*. Madrid, Alianza Editorial, 2006.

pios descontentos e intereses: “Pero una cosa era simpatizar con la oposición, e incluso incitar a la protesta popular, y otra bien distinta organizarla. Y es que, digámoslo de una vez, las clases privilegiadas no tenían ningún interés en orquestar una rebelión que pudiera dar al traste con un Estado absolutista a cuya sombra medraban” (100-101).

En la versión que cuenta López García del motín contra Esquilache se destacan y documentan los altos costos de las reformas ilustradas desde la misma llegada de Carlos III a la capital. Pero sobre todo, se detallan los sujetos de los sectores populares, sus oficios o modos de ganarse la vida, y el impacto que tuvieron asuntos como el bando de las capas y de los sombreros y las medidas de ornato, limpieza e iluminación de la ciudad. Según algunos, dichos asuntos fueron insignificantes, mientras que, según otros, eran dignos de elogio. Las áreas laborales más destacadas del “pueblo llano” eran el servicio doméstico (más de 13,000, incluyendo los de librea), la manufactura (11,000 personas distribuidas en 66 oficios relacionados) y la construcción (con 10,000 empleos directos, en general temporales).¹³ A ellas se sumaba un variopinto grupo de trabajadores sin preparación profesional alguna que se ganaba la vida en diversidad de tareas: mozos de cuerda, peones de albañil, aguadores, vendedoras ambulantes, hilanderas, tejedoras y costureras, entre muchos más oficios (López García 32 y siguientes). De entre ese nutrido grupo de asalariados de mediana y pequeña monta, me resultan destacados los del servicio doméstico, que, pese a los silencios documentales, tienen una presencia ineludible, incluida la de las mujeres, en los textos literarios y espectaculares sobre el mismo motín:

Los miembros del servicio doméstico conformaban una realidad heterogénea y jerarquizada, que englobaba desde el criado para todo –lacayos, mozos, recaderos– hasta profesiones que exigían un grado de cualificación y tenían funciones precisas como amas de cría, ayudas de cámara, lavanderas, cocheros, mayordomos, doncellas o

¹³ López García calcula la población total de Madrid en las vísperas del motín contra Esquilache en unos 150,000 habitantes (19).

cocineras. A la vez, resulta muy difícil establecer de un modo meridiano su composición, poder adquisitivo o la participación que en él tenían las mujeres, casi siempre ocultas en los censos. (López García 25)¹⁴

Por otro lado, según este historiador la aparente “tonte-ría” que pudo suponer el bando que prohibía la capa larga y el chambergo era mucho más importante de lo que se ha reconocido.¹⁵ No solo eran piezas clave para guarecerse del frío y de la lluvia, sino que, en muchas ocasiones, eran las prendas de más valor que tenía una persona de los sectores populares descritos: “Pero no todos la tienen, pues su precio es muy elevado [...] una suma equivalente a los ingresos que un peón de construcción puede ganar trabajando entre un mes y cien días! Se trata, en suma, de un artículo de gran valor, hasta el punto de que en la corte hay ladrones especializados en robarlo, los *capeadores*” (60). Cabe destacar que López García no se limitará a releer, con otra mirada, la documentación que historiadores precedentes han utilizado con distinto resultado (ej. “fe de hospitales”). También incorpora la evaluación de protocolos notariales, en especial las “Declaraciones de pobreza,” que le permiten reconstruir las condiciones de vivienda, indumentaria y hasta la dieta del “pueblo llano.” Asimismo, indica que además de la importancia de la capa larga, el sombrero gacho o chambergo cumplía una no menos estimable función para los habitantes populares de Madrid del setecientos: “cuyo uso se hace aconsejable no sólo en invierno, sino también para guare-

¹⁴ Como hemos visto, el servicio doméstico era el sector laboral más sobresaliente del “pueblo llano” con un 20 por ciento del total. López García añade a su perfil: “Nuestros protagonistas cubrían todas las actividades relacionadas con el cuidado de la casa y la familia a la que servían: limpieza, cocina, costura, atención directa a los amos en lo tocante al aseo, indumentaria o transporte, teniendo al mismo tiempo una participación fundamental en la llamada *economía de acopio*, que abarcaba tanto la compra de víveres, como la elaboración de conservas y bebidas para su almacenamiento” (25).

¹⁵ El 21 de enero de 1766 se hizo efectivo el bando que obligaba a los funcionarios públicos de la corte borbónica y sus dependencias a vestir la capa corta y el tricornio en lugar de la capa larga y el chambergo. El 10 de marzo de 1766, el marqués de Esquilache hizo efectiva dicha práctica a la totalidad de la población. Esta iniciativa había sido intentada sin éxito en seis ocasiones previas, a saber: 1716, 1723, 1729, 1737, 1740 y 1745 (López García 96).

cerse del rocío de aguas fecales y excrementos que a diario cae sobre la vía pública, si bien –de nuevo– su elevado coste hace que no esté al alcance de muchos trabajadores” (61). Desde la perspectiva de los ilustrados, el aludido bando era una pieza importante para el orden público. Sin embargo, encubrían en tan razonable justificación el ascendente proceso de militarización de la ciudad capital precisamente para combatir los efectos de la hambruna y la escasez.

A su vez, el protagonismo del pan en la dieta de los desheredados del siglo ilustrado, tanto en España como en otros territorios, tampoco debe minimizarse a la hora de considerar las causas del motín matritense. El mismo constituía una clave estratégica para el orden social ya que era el alimento básico de la mayoría de la población (López García 46 y siguientes). El propio Esquilache, en su carácter de Ministro de Hacienda, no desconocía tal importancia, pero en lugar de resolver la carestía y la escasez, la intensificó por medio de la centralización del sistema de abastecimiento. Con la ecuación policía-pan, López García explica la contundencia de la reacción popular de 1766 (82).¹⁶

Después de glosar ampliamente los tiempos del motín y sus eventos (con una participación de entre 30,000 y 50,000 personas), concluye su investigación analizando las tres consecuencias inmediatas del levantamiento popular: la elaboración de la hipótesis oficial ilustrada y la consecuente expul-

¹⁶ El balance que hace el mismo historiador lee como sigue: “En suma, lejos de constituir una protesta de vagabundos, hampones y gentes de mal vivir –tal y como en su día sostuvieron nuestros ilustrados– el motín contra Esquilache estuvo protagonizado por sujetos que constituían un excelente corte transversal de la población trabajadora afincada en Madrid. Al igual que sucedió en otras muchas ciudades de Europa occidental durante el último tercio del siglo XVIII, los amotinados en la capital del reino de España eran hombres y mujeres con domicilios estables, la mayoría de los cuales se ganaba honradamente la vida trabajando en alguno de los sectores ocupacionales que ofrecían más empleo dentro de la cerca: el servicio doméstico, la variopinta producción manufacturera, los diferentes ramos de la industria alimentaria, la construcción, la hostelería y el ejército. Cuando la noche del 25 al 26 de marzo festejaban el triunfo alcanzado bebiendo en las tabernas o rondando por las calles, muchos tuvieron la sensación de estar rozando la gloria: no en vano, al conquistar la Ínsula Barataria, habían visto cumplido uno de los grandes anhelos del pueblo llano” (155).

sión de los jesuitas, el recrudescimiento de la militarización de la capital madrileña y la criminalización de la pobreza con sus correspondientes estrategias de disciplina y de represión.¹⁷ El despotismo de la corona borbónica y de sus ministros, ahora en su inmensa mayoría locales, se hace patente. El “pueblo llano” y la marginalidad variopinta fueron sus principales víctimas; pero, no debe olvidarse que en ello reside una evidencia más de su protagonismo ignorado en la inmensa mayoría de las historias previas.¹⁸

En el terreno de los textos literarios o del espectáculo tampoco ha habido mejor suerte o mayor justicia en la representación de los amotinados y de las amotinadas, aunque contamos con cinco que han recreado el motín matritense a partir de 1846 hasta 1989. Durante el siglo XVIII hubo un extraordinario despliegue de hojas sueltas con coplas, seguidillas y papeles sediciosos de toda índole alusivos al motín y críticos del régimen imperante. Fue tan inmenso y amenazante su impacto en el ánimo de la población que el Conde de Aranda, sustituto de Esquilache como hombre fuerte del gobierno carolino, puso en efecto una pragmática que los prohibía con penas ejemplares.

Durante el siglo XIX una comedia (*El motín contra Esquilache*, 1846, de Ceferino Suárez Bravo), una novela histórica (*El motín de Esquilache*, 1870, de Manuel Fernández y González) y una zarzuela (*El motín contra Esquilache*, 1872, de Francisco L. de Retes y Francisco Pérez Echevarría) se basan en la materia histórica señalada. Asimismo, durante el siglo XX se produjo un drama (*Un soñador para un pueblo*, 1958,

¹⁷ No se abordan en este caso los motines de provincia que, sin duda, fueron otra consecuencia importante del motín de Madrid. Los mismos son analizados ampliamente por Laura Rodríguez, “Los motines de 1766 en provincias”, *Revista de Occidente*, 122, mayo 1973, pp. 183-207.

¹⁸ López García incorpora y destaca a las amotinadas, así como a las mujeres dieciochescas del “pueblo llano,” tan invisibles en otras relaciones históricas: “Una mención especial merecen las mujeres que fueron heridas durante estos primeros días. Aunque estadísticamente tan sólo representan el 8,3 por ciento del total, su peso está a todas luces infravalorado en la muestra, toda vez que constituyeron uno de los elementos más activos de la propuesta popular, dejando por esta razón una huella imborrable en la memoria de muchos intelectuales y representantes del poder real” (151).

de Antonio Buero Vallejo) y una película (*Esquilache*, 1989, dirigida por Josefina Molina) con el mismo acontecimiento como fuente. Sin embargo, ninguno de esos textos sufrió la implacable censura de los papeles sediciosos populares que le precedieron. Antes bien, tuvieron mediana, buena o notable circulación en su época, y solo el drama bueriano experimentó ciertos asedios de la censura franquista. Pero dicha recepción puede explicarse, quizá, porque todos recrearon, con diversos grados de énfasis y variaciones, la hipótesis oficial que produjo y puso en circulación el poder monárquico ilustrado de 1766.

En pleno siglo dieciocho –embelesado con el cientificismo, la objetividad y la razón– la operación selectiva, siempre interesada, que fraguó una explicación oficial del motín contra Esquilache, adjudicó responsabilidades y promovió medidas disciplinarias preventivas, se convierte en el modelo interpretativo a seguir. A partir de ella, el cuadro complejo del levantamiento popular de 1766 será visto por miradas parciales que ponen su acento en aquellos detalles que se ajustan mejor a la coherencia de sus narraciones y, sobre todo, a sus proyectos futuros. Pero en la inmensa mayoría, como hemos visto, se impondrá la consigna dieciochesca del “todo por el pueblo, pero sin el pueblo.” En este ensayo, he preferido, no obstante, poner el acento en las escasas figuraciones históricas que han insistido y evidenciado el protagonismo del “populacho” anónimo que puso en jaque mate la seguridad de la monarquía borbónica, y que se ha colado, a través de los sesgos, los silencios y las entrelíneas, en todas las versiones del evento, desde el propio siglo ilustrado hasta el veinte.

La paradoja que entraña la operación ilustrada de “todo por el pueblo, pero sin el pueblo” permite extrapolar la Ilustración española y la modernidad en sentido más amplio, como un rostro de doble faz cual dios Jano, que aun teniendo sus miras en un proyecto de porvenir, no renuncia del todo a ciertos rasgos estructurales de su pasado.¹⁹ Su perfil estará marcado

¹⁹ Sugiero especialmente las lecturas críticas, bastante inusuales sobre estos tiempos españoles, de Eduardo Subirats, *La ilustración insuficiente*. Madrid, Taurus, 1981; de Equipo Madrid de Estudios Históricos, *Carlos III, Madrid y la Ilustración. Contradicciones de un proyecto reformista*. Madrid,

por esa pesadilla dual y esquizofrénica que le acosará hasta el presente. La misma cobra dimensiones camaleónicas a través de la historia occidental e invita a leer sus narraciones con las mismas preguntas que le hiciera antes a las propuestas históricas y literarias modernas y posmodernas. ¿Qué propuesta beneficia a las humanidades desposeídas? ¿Cuál reivindica los holocaustos de nuestra historia? ¿A qué y a quiénes sirve cada inquisición discursiva?

HISTORIA Y LITERATURA: CÓMPLICES DE LA PALABRA EN EL TIEMPO

El caso del motín contra Esquilache permite explorar y destacar las complicidades de los discursos históricos y literarios a través del tiempo. En cada siglo (XVIII, XIX y XX) se impone la lectura del levantamiento que más viene a cuento a la agenda social y política imperante o a la que se aspira, como es el caso del drama *Un soñador para un pueblo* de Antonio Buero Vallejo. La historia y la literatura sobre el motín exhiben sus selecciones y olvidos, sus versiones y énfasis, a tono con sus agendas socio-culturales. La historia cuenta el motín oficial y la literatura historia lo propio. La una y la otra narran lo que interesa a los poderes del momento y ambas, en mayor o menor medida, silencian a los desposeídos. De la una y de la otra se pueden destilar las construcciones hegemónicas del motín contra Esquilache, toda vez que se ignoran las historias y los cuentos que no llegaron a los libros. Su escritura de los eventos nos permite leer su tiempo y su tiempo nos permite escribir su lectura.

A fin de cuentas y de cuentos, las historias y las literaturas en “tiempos de incertidumbre” desvelan las dudas y

Siglo XXI, 1988; y de Francisco Sánchez-Blanco, *El absolutismo y las luces en el reinado de Carlos III*. Madrid, Marcial Pons, 2002. Otros títulos imprescindibles para el estudio del XVIII en España son: Antonio Domínguez Ortiz, *Hechos y figuras del siglo XVIII español*. Madrid, Siglo XXI, 1980; Antonio Domínguez Ortiz, *Sociedad y estado en el siglo XVIII español*. Barcelona, Ariel, 1990; John Lynch, *La España del siglo XVIII*. Barcelona, Crítica, 1991; Jean Sarrailh, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. México, DF, Fondo de Cultura Económica, 1992; Gonzalo Anés, *El siglo de las luces*. Madrid, Alianza, 1994; y Rogelio Blanco Martínez, *La ilustración en España y en Europa*. Madrid, Ediciones Endimiión, 1999.

los tanteos de antaño a pesar del proclive y falaz intento por contar la modernidad como la lógica de las certezas. En el presente y en el pasado, los marginados e invisibles de la historia han vivido tiempos de incertidumbre más allá de las palabras que los nombran o que los callan. Que cada ejercicio, también palabrero, desvele las elocuencias de los silencios de la literatura y de la historia.

Manuscrito recibido: 5 de marzo de 2013

Manuscrito aceptado: 21 de marzo de 2013